



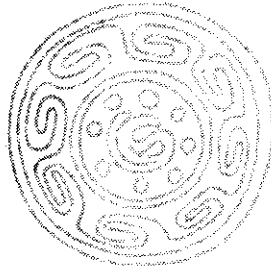
[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# BOLÍVAR ANTE LA LUZ DE SU ESTRELLA

*por*

EUSEBIO LEAL SPENGLER



*Cuba*

**B**OLÍVAR! Cuántas plumas se han levantado y se levantarán en lo porvenir para tratar de atrapar en una descripción afortunada, la síntesis de la vocación, el carácter y la voluntad de este hombre.

El 24 de julio de 1983 se ha cumplido el bicentenario de su natalicio en la ciudad de Santiago de León de Caracas, capital de la Capitanía General de Venezuela. Doscientos años en los cuales los hombres de esta parte del mundo, limitado por las aguas caudalosas del Río Grande y las estepas patagónicas, no han dejado de luchar por la libertad.

¡Se dice Bolívar y decimos Libertador! Fue el título que más amó en vida el hombre genial; y el que distingue, más allá de la muerte, al que fundó cinco naciones, dio batallas, conoció la opulencia y casi la mendicidad. Al estadista y al legislador que redactó constituciones, valoró la importancia de la enseñanza universal, de la educación de los indios y la emancipación de los esclavos africanos.

Su epistolario y documentos políticos nos han hecho depositarios de un arsenal de ideas al mismo tiempo que nos revelan en el autor a un ser sencillo y complejo, metálico casi cuando decide y ordena, conmovedor y tierno ante la mujer y el niño, magnífico en la desventura, seguro de sí, y en sus convicciones, imperturbable. José Martí nos lo detalla con esmero y lo hace aparecer ante nosotros como una visión: “Quema y arroba”, dice, “pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado

de oro el pensamiento, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente”.

Cuando vino al mundo Simón Bolívar y Palacios ya había sido derramada en el Cuzco la sangre de Tupac Amaru II. Su rebeldía y las fuerzas que desencadenó el inca fueron un chispazo en la noche.

Un venezolano, con justicia llamado El Precursor, Francisco de Miranda, daba a conocer su nombre que legaría a la Revolución Francesa y a la norteamericana como prólogo de sus proyectos emancipadores que cimentaron el camino que sólo a Bolívar le sería dado recorrer después.

Hijo de una clase prepotente e intocable que se distinguía por el privilegio de vestir mantos sobre sus hombros, Bolívar acreditaba además unas ascendencia que en América estuvo presente desde el siglo xvi, su mismo nombre aparece en la inscripción funeraria de su más lejano predecesor sepultado en la catedral primada de Santo Domingo.

Pero su casta culta e ilustrada, arrinconada por las exigencias de una metrópoli insaciable, aprovechó los primeros síntomas de debilidad y el vacío de poder producido por la invasión napoleónica a España para soñar con un régimen de libertad absoluta para sí que, por supuesto, no incluía la de sus siervos africanos ni las justas reivindicaciones que ansiaban los llaneros, los pardos e indios y demás venezolanos humildes. Así se constituyó la Suprema Junta Gubernativa que devendría independiente, el 19 de abril de 1810.

Investido de representatividad diplomática y junto a Andrés Bello, Bolívar viaja a Londres ese mismo año como portador de la demanda de reconocimiento del movimiento político venezolano. Pero resultó notorio que poniéndose más allá de las intrucciones recibidas, expresó clara-

mente su criterio de que la independencia absoluta era la más alta aspiración de los insurgentes. Presagio de los terribles acontecimientos que se sucederían lo fue el terremoto de 1812, que asola a Caracas. Destrucción, muerte, la más grande orfandad y la sobrevivencia de la desunión parecen rodear a nuestro héroe cuando en medio de la noche y ante las ruinas del convento de San Jacinto pronuncia aquellas frases sobrecogedoras: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca."

La reacción realista encabezada por el general Monteverde gana terreno aceleradamente, la capitulación con que concluyen aquellos sucesos fue solamente el anticipo de crueles persecuciones y de la restitución de todos los fueros e injusticias contra los cuales se había luchado. Quizás la imagen de Miranda, entregado a los españoles en la Guaira, cargado de cadenas, resulte por sí misma, la más dramática explicación de lo que las contradicciones, rivalidades y ausencia de unidad entre los patriotas inmaduros significó para la naciente Revolución Venezolana. A la proclamación y caída de la primera República (la de los mantuanos), sucedió un largo proceso en el cual Bolívar vivirá sus primeras y controvertidas experiencias políticas.

Ante él se abre la ruta del exilio, primero en Curazao y luego en Cartagena de Indias, aquella ciudad inexpugnablemente fortificada por los mismos alarifes que habían comenzado su obra en La Habana a fines del siglo xvi.

De aquí regresaría Bolívar para dar inicio a su "Campana Admirable". Marcha a través de la cual comenzará la gesta de creación de un ejército aguerrido con el cual compartirá día a día y jornada a jornada, hasta penetrar en Caracas el 7 de agosto de 1813 y ser proclamado Libertador.

A diferencia de la primera República, la segunda nació de la lucha armada y con una mayor y más amplia base social. Además, se había sentado un precedente importante en la trayectoria futura de los acontecimientos, numerosos contingentes de la Nueva Granada le habían acompañado, muchos de aquellos fieles seguidores quedaron en el camino.

A partir de su regreso a nuestro continente Bolívar extraerá de reveses y desalientos, y también de sus primeras victorias, la idea que habría de ser la piedra angular de su pensamiento político: la necesidad de la unidad revolucionaria continental.

El colonialismo español desencadenó la guerra más sangrienta que imaginación pueda. Boves será el anti-Bolívar, combatiendo con los llaneros y los negros que hábilmente enfrenta a los patriotas que no supieron identificarse del todo con las clases populares.

No pudo evitar, sin embargo, el Libertador, que reviviesen las enconadas querellas de antaño, destituido y cautivo logra fugarse a Las Antillas en 1814. El 5 de diciembre de ese propio año, Boves derrota a las fuerzas patrióticas en Urica, mandadas por Rivas, Bermúdez Cedeño y Piar entre otros, pero paga con el precio de su vida la victoria con que sepulta la segunda República Venezolana.

Bolívar está en Kingston. El 6 de septiembre de 1815 es fechado el histórico documento que hoy conocemos con el nombre de la Carta de Jamaica. Los biógrafos y exégetas de la obra del Libertador se detienen ante este documento que señala con toda claridad las ideas de Bolívar en esta hora de meditación que, como señala el profesor Pividál: “. . . el pensador inquieto cedió el paso al escritor profundo; el terrateniente revoltoso al revolucionario consciente; el oficial mantuano al guerrillero intrépido; el doc-

trinario febril al analista político, y el admirador de las instituciones foráneas al reafirmador de la grandeza autóctona . . .”

En la Carta de Jamaica el Libertador anuncia el nacimiento de Colombia como un estado en el cual se unirán los vastos territorios donde el despotismo colonial ha sido derrotado. Analiza política y socialmente la situación general de América y propone un programa de acción. Desestima la monarquía como forma de gobierno y no excluye la posibilidad de que cubanos y puertorriqueños se integren al movimiento liberador. Bolívar analiza las posibilidades de la lucha en sentido global.

La permanencia del Libertador en Haití, la amistad del Presidente Petión y el apoyo que éste le prestó en nombre de la República negra, proscripta y acorralada, resulta uno de los más nobles antecedentes del internacionalismo y el desinterés.

Testigo años antes, durante su estancia en Europa, del eclipse de la Revolución y del nacimiento del Imperio en Francia, hallamos en sus actos, y aun en sus palabras, los acentos y el brillo de influencias que, sin embargo, no mermarán un ápice su originalidad y americanidad.

Cuando desembarca en Barcelona (Venezuela) en 1817, pudo muy bien recordar el día en que sobre el Monte Sacro, en Roma, solo con su maestro Simón Rodríguez, contemplando los templos y foros de la gloriosa antigüedad convertidos en un bosque ruinoso, juró consagrar su vida a la libertad de América.

De nuevo en el campo de batalla, rodeado de cuantos habían mantenido la llama de la rebeldía, unido a Páez, a los llaneros, compartiendo la vida dura del soldado, se entrega a la organización del Estado tan pronto las circunstancias se lo permiten.

El 7 de agosto de 1819 la victoria de Boyacá anuncia el nacimiento de Colombia, que sería proclamada en el Congreso de Angostura el 17 de diciembre del mismo año.

El 24 de junio de 1821 la batalla de Carabobo precipita la liberación de Venezuela, a excepción de Puerto Cabello, y cinco días más tarde entra Bolívar triunfante en la ciudad de Caracas.

A la epopeya de la Guerra de Independencia en este continente, Bolívar imprimió un sello indeleble: las marchas y contramarchas, las inmensas distancias recorridas, el sol abrasador, la humedad insoportable, el frío de alturas inimaginables. Podía, como se dijo de Napoleón, mover un gran ejército como un juego de naipes.

El Congreso de Cúcuta le erige Presidente de la República, y cuando convoca, el 7 de diciembre de 1824, a la magna reunión de los países independientes de nuestra América en el Istmo de Panamá, bajo la inspiración de las anfictionías de la Grecia clásica, faltan sólo 48 horas para que Antonio José de Sucre alcanzase en la pampa de Quínuá la victoria de Ayacucho, por la cual dejó de existir definitivamente el virreinato colonial y nació la República del Perú.

A esta altura de su carrera política y militar, el Libertador debía enfrentar la difícil tarea de salvar la obra de la Revolución de dos mortales acechanzas. La que surgía de adentro con las sobrevivencias del regionalismo por la visión limitada de los que sólo podían concebir patrias pequeñas, y, desde luego, la herencia de siglos de dominación, que se traduce en incultura, incomunicación, fanatismo religioso, pobreza que, si aún nos sobrecogen en nuestra América, más nos impone imaginarlas entonces.

En segundo lugar el Libertador enfrentaría los intereses y desavenencias de las potencias europeas en cuanto a la mutación del equilibrio de fuerzas en la América me-

ridional, incluyendo el Caribe. La terca política de España, que envía la fuerte expedición encabezada por Morillo tratando de reconquistar lo definitivamente perdido. En general, la estrategia de la Santa Alianza, que veía con horror repúblicas e independencias. El duelo sordo entre la Gran Bretaña y la República norteamericana, cuya posición ambigua en la forma y en el fondo se aliaba con el colonialismo español. De hecho, los Estados Unidos bloquearon el Congreso Anfictiónico de Panamá, influyendo para desviar la atención de las delegaciones de la posibilidad de analizar el destino de Cuba y Puerto Rico. En la *correspondencia reservada de los agentes diplomáticos norteamericanos* y la Casa Blanca se evidencia una red de maquinaciones, cuyo último objetivo no era otro que el descabezamiento de la Gran Colombia, y, desde luego, la liquidación del Libertador y de toda influencia bolivariana.

Desde el 22 de junio de 1826 en que se constituye el Congreso, en la sala capitular, en el monasterio de San Francisco, en Panamá, y hasta 1830, Bolívar luchó con todas sus fuerzas, ya sensiblemente disminuidas, para lograr la sobrevivencia del sistema político que había creado, contra las más adversas circunstancias.

En cuanto a Norteamérica, ninguna palabra define mejor su criterio, que las dirigidas a Patricio Campbell: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia, para plagar la América de miseria en nombre de la libertad.”

Con la ofrenda de la más ardiente y sincera voluntad de seguir la ruta señalada por el Libertador, nos acercamos a su contemplación como lo describe José Martí: “Las mejillas enjutas echan fuera del labio inferior blando y grueso como amigo de amores, y el superior contraído como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz



para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.”

Su vida se extinguió el 17 de diciembre de 1830, en la finca de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, Colombia, a la edad de 47 años. Más allá del mármol y del bronce de los monumentos, más allá de las evocaciones literarias y del recuento minucioso de sus actos, el Libertador vive en el corazón de todos los que sienten la cólera ante la injusticia y la miseria material y moral que pueda padecer cualquier hombre o pueblo en cualquier latitud del planeta. Él pertenece a los esforzados, a los batalladores, a los incansables, a los que han sentido dilatadas sus pupilas ante la luz de su estrella.